

que pintaban al vivo la situación de Puebla, é indicaban muy claro los sérios temores de que la plaza se perdiera, si un pronto y eficaz auxilio no nos era enviado para salvarla. A pesar de la incomunicación en que ya estábamos con esta capital, y del gran riesgo que corrían los correos enviados por mí, algunos de los cuales se me asegura que perdieron la vida, día por día y algunas veces hora por hora, estuve dirigiendo notas á mis superiores, cual correspondía á un hombre de buena fe á quien se destinaba á última hora para aceptar las responsabilidades de tan difícil situación, en las que pedí con instancias casi desesperadas se me atendiese oportunamente, agregando que la pérdida de Puebla arrastraría consigo al Imperio todo, pues conocida era la importancia de aquella plaza. A todo se me contestaba que me sostuviera á todo trance; y se me daban siempre esperanzas de auxilio, que no se realizaron.

Estableció el sitio, nuestra crítica situación se hizo mas y mas horrible. Las cosas se precipitaban de tal suerte, y tanto llegué á dudar del auxilio de México, que fiel al cumplimiento de mi deber, no tuve mas que dictar las disposiciones convenientes para la resistencia hasta morir, si no nos cabía la buena suerte de ser por fin ayudados exteriormente de algun modo. Se me dirá que no pensé en una salida para batir al enemigo. No dejé nunca de ocurrírseme ese pensamiento; pero cuantas combinaciones pudiera hacer, se estrellaban ante la imposibilidad de luchar con éxito con elementos de la clase que tenía; y como militar, tengo la con-

ciencia de haber llenado mi deber, no aventurando la causa que defendía al manifiesto peligro que se presentaba, desguarneciendo aunque fuera por unos momentos, la plaza de mi mando. ¿Cuál habría sido entonces mi responsabilidad?

Me concreté, pues, á organizar la defensa, como llevo dicho, y todos saben que rechazé algunas veces al enemigo, que de día en día estrechaba el cerco hasta ponerse frente á frente de una acera á otra del perímetro fortificado: fortificación improvisada, como lo fué todo lo de aquellos momentos, inclusa la proveeduría de municiones de boca y guerra que establecí con la violencia que demandaba el caso, y ya bajo los fuegos del enemigo. No quiero hablar de las enormes dificultades con que luché para sacar recursos pecuniarios: al leer las anteriores líneas creo que todos se habrán formado cabal idea de las penas que nos rodeaban, y de las medidas mas ó menos enérgicas que he debido desplegar, para no sucumbir, como no sucumbí en efecto, en los veinticinco días que se prolongó el sitio. Tampoco detallaré todos y cada uno de sus episodios: no es por hoy esta mi tarea. Baste saber que la valiente guarnición que yo mandaba, á los muy pocos días de comenzar el sitio estaba disminuida de tal suerte con la desertión y los terribles efectos de la guerra, que toda la infantería destinada á la reserva, había sido empleada en las trincheras, desmontada también y empleada en ellas la caballería, y por último, se les habían quitado los grillos á muchos presidiarios para que sirvieran la artillería. El 19 de Marzo habían sido heridos



gravemente los generales Calderon y Prieto, y habia muerto el coronel de la guardia civil.

Desde este momento la guarnicion comenzó á tener mayores y mas considerables bajas con armas y municiones, sin que hubiese con que reemplazarlas. Hubo ademias necesidad de separar de los puntos á los oficiales extranjeros que no solo no eran comprendidos por la tropa á causa de no hablar su mismo idioma, sino que por su ineptitud y por el mal trato que daban á los soldados, se habian hecho el objeto de su animadversion, de manera, que esas bajas tuvieron que cubrirse con paisanos que se presentaron á servir por opinion y á quienes se dieron nombramientos provisionales, destinando á los otros al depósito por su inutilidad.

Resentidos estos como quedaron, no es extraño que hayan difundido las especies que el ligero príncipe de Salm Salm acojió sin exámen y hace valer para calumniarme, lo mismo que á otros generales y gefes mas dignos y ameritados que yo, y á cuyas órdenes han venido á militar en México esos hijos del Danubio y de las llanuras de Flandes, esos arrogantes y denodados campeones, que con todo y sus talentos y bizarría, no habrian hecho en Puebla ni en ninguna parte los esfuerzos que hicimos los gefes mexicanos al frente de la situacion á que me vengo refiriendo.

Y ya que á mi pesar me veo obligado á hablar de esos innobles resentimientos, indicaré otro de los motivos que tengo la firme conviccion de que indujo al expresado Salm á vengarse de mi persona en los tér-

minos que lo hace. Ya en los dias que se estableció el sitio de Puebla, se me presentó en aquella ciudad la conocida y no menos romancesca esposa del autor del impreso de que me ocupo, pretendiendo se le entregara una suma considerable de dinero, que si mi memoria no me es infiel, ascendia á ochenta mil pesos. Un simple papelito que se suponía ser del encargado del ministerio de Hacienda, era la carta-órden que llevaba dicha señora para recibir nada menos que esa cantidad, fabulosa para aquellos aciagos dias. Supuesto lo que he manifestado respecto de los recursos con que contábamos, y cuando en vez de poderlos ministrar, los pediamos á México con instancia, se comprenderá fácilmente si yo estaria dispuesto á obsequiar los vivos deseos de la señora Salm. Pero aun cuando me hubiera sido posible hacerlo así, ¿pensó acaso dicha señora que yo era tan imbécil ó candoroso que desde luego mandase entregar la suma, cubriendo mi responsabilidad con un papelito insignificante y dirigido al administrador de aquella aduana? Dejo los comentarios de este hecho á la consideracion de mis lectores, y dejo tambien los de la conducta de esos *nobles* príncipes, especialmente del caballero escritor, que al recuerdo sin duda de la justa repulsa que en mi honradez y firmeza encontraron las pretensiones de su consorte, inflamado en cólera, ha querido valerse de la ocasion de hablar de Puebla para vengarse de mí, atribuyéndome su pérdida.

Y no me la atribuye como quiera, sino que expone que una negra traicion mia puso la plaza en poder del



vencedor. ¡Mentira infame, calumnia atroz que rechazo ante mis compatriotas y ante el mundo! Porque además de que cuento con el testimonio de una conciencia limpia y con el de todos mis antiguos y honrados camaradas que conocen mi modo de pensar y en todas épocas han visto mis esfuerzos, mi lealtad y mis sacrificios, la Nación Mexicana y el mundo entero saben ya á qué atenerse respecto de la toma de Puebla, puesto que, amigos y enemigos, imperialistas y republicanos, han venido á fijar la opinion pública con documentos irrecusables.

Hablando el general D. Faustino Vazquez Aldana de los últimos sucesos de Puebla en un comunicado que ha visto la luz pública en algunos diarios de esta capital; y en que al propio tiempo que trata de vindicar al general D. Porfirio Diaz del cargo que se le hacia por los fusilamientos que tuvieron lugar entonces, pretende realzar su gloria por el asalto que dirigió, asienta estas palabras que bastarian por sí solas á vindicarme, preferidas como han sido por el gefe de Estado Mayor del ejército republicano de Oriente.

*“No pasaron de 18 (las ejecuciones) dice, llevadas á cabo en el calor del combate al romper la linea atrincherada de la plaza, cuando el enemigo aun se batia enérgicamente en los puntos mas fuertes, y no era posible poner á los prisioneros en lugar seguro.”*

*“El ASALTO de Puebla del 2 de Abril de 1867 es una de las páginas mas gloriosas y que no tiene precedente en nuestra historia militar. La fuerza republicana, inferior en número, disciplina, armas y municiones, (esto no es*

*cierto) tenia que asaltar y asaltó posiciones perfectamente atrincheradas y artilladas, defendidas con todas las ventajas y realmente con valor y energía. La operacion fué peligrosa y no podia creerse consumada, sino con la rendicion completa de todos los fuertes en que se apoyaba el enemigo.”*

Tambien ha venido felizmente en mi apoyo en estos dias el folleto que acaba de publicar en Nueva York el entonces general en gefe del 2º cuerpo del ejército, D. Leonardo Márquez, en que trata de refutar el que bajo el título de “Ultimas horas del Imperio” escribió en Paris el general D. Manuel R. Arellano. Tengo por providencial el hallazgo de ese cuaderno, en que á la página 97 se encuentra el siguiente documento que confirma la verdad de cuanto llevo dicho, que pinta nuestra situacion en Puebla y que mas que todo prueba con los demas sucesos que siguieron, que lejos de tener yo culpa alguna en la pérdida de la plaza, cumplí con mi deber avisando *oportunamente* el estado que guardaba á quien me habia prometido, y podia y debia auxiliarme, para evitar el mal que ya por mí solo no podia remediar. Ese notable documento dice así:

“Ministerio de guerra y marina.—México, Marzo 26 de 1867.—Exmo. Sr.—El Sr. general Noriega desde Puebla y con fecha 22 del que cursa, me dice lo que sigue:—“Exmo. Sr.—Ayer tuve la honra de dirigir á V. E. la siguiente comunicacion:—“A mi comunicacion fechada y cerrada ayer, tengo hoy la honra de agregar á V. E. que se solemnizaron debidamente las prósperas noticias que se sirve comunicarme del interior. El



enemigo progresa en sus avances por horadaciones en toda la circunferencia de mi línea, y hoy tuvo que ceder el punto avanzado de la Merced la tropa que lo defendía, lo que puede auxiliarnos á los defensores del centro de la plaza de las dos fortalezas; ya sabe V. E. que tengo dos generales heridos, muerto el gefe de uno de los dos únicos batallones de esta guarnicion, que mi escasez de gefes, oficiales y todo recurso de defensa es apremiante, pues no es hoy Puebla la del año de 1856: su poblacion es hostil é indiferente; me son indispensables diez mil pesos girados contra Veracruz, y aun mis municiones á lo mas me alcanzarán para seis dias: es absolutamente importante el violento refuerzo que V. E. me promete. Dios guarde á V. E. muchos años." "Hoy debo agregar á V. E. que anoche incendió el enemigo una manzana, habiéndose consumido completamente el teatro que en ella estaba construido; sigue su movimiento de circunvalacion y con constancia sus trabajos de horadacion: despues de cuatro dias de rotos los fuegos ni un solo peso tengo ni puedo conseguirlo; mis recursos todos de elementos terminan, y mi situacion es desesperada. V. E. se dignará atenderme; tambien tengo la honra de acompañar á V. E. una de mis comunicaciones del 19, que devolvió el correo empleado, manifestando no haberle sido posible continuar su camino.—Dios guarde á V. E. muchos años, etc.—El general en gefe, *Manuel Noriega*.—E. Sr. ministro de la Guerra."—"Y tengo la honra de trasladarlo á V. E., á fin de que como gefe del Estado Mayor general y del 2º cuerpo de ejército, tenga co-

nocimiento de lo que en Puebla pasa y pueda providenciar aquello que tan críticas circunstancias requieren y sea posible.—Protesto á V. E. las seguridades de mi distinguida consideracion.—El ministro de la Guerra, *Portilla*.—Exmo. Sr. general D. Leonardo Márquez, gefe de Estado Mayor del ejército.—Presente."

Tampoco debo hacer del documento que precede comentario alguno, ni mucho menos pretender investigar aquí las causas que impulsaron al general Márquez en el sentido que todos saben. El hecho es que no se me auxilió oportunamente y que las cosas se desenlazaron de la manera natural y lógica que todos habiamos previsto. Por lo demas, el mismo Sr. Márquez (de quien advertiré de paso, aseguraron algunas personas maliciosas ó mal informadas que cuando supo la pérdida de Puebla, se expresó en términos desfavorables á mi conducta, añadiendo, segun me decian, que trataba de formarme causa si triunfaba el Imperio), hace en su citado folleto la mas cumplida vindicacion mia en estas brevísimas palabras que desmienten aquellas aserciones y que llenarian de orgullo á la persona mas modesta: "El 11 de Abril de 1867, dice, Puebla habia sucumbido despues de una *defensa* heroica y *prolongada*: las mejores tropas de la guarnicion de México que habian salido en auxilio de Puebla, volvian á la capital en el estado triste que antes he dicho, &c. &c."

Véase como mis correligionarios y enemigos de aquella época juzgaron de mi conducta, sin que nadie se hubiera atrevido á manchar mi reputacion, hasta que plugo hacerlo al calumniador y vengativo Salm Salm.



¿Y qué motivos tenia para traicionar, quien no ha desmentido durante su larga carrera una lealtad y honradez profundas, ya que el cielo no se ha dignado otorgarle otras dotes estimables reservadas solo á los génius militares? ¿Qué tentadores alicientes, qué perspectiva seductora tenia delante de los ojos para cambiar repentinamente los sentimientos de mi corazon y convertirme á mi avanzada edad en un criminal y vil traidor, que arrastrase por el fango mi nombre y las honrosas divisas de general, que llevo ha 30 años? El terror de la situacion no era desde luego el que impulsaba á cometer tal infamia á quien, no obstante lo espantoso y desesperado de aquella, cumplió con su deber hasta los honrosos términos en que se expresan amigos y enemigos, testigos presenciales y no de oidas como el aventurero Salm. Sin abrigar la presuncion de que se me tenga por valiente, pero sí con la idea de que se me haga la justicia de creer que siempre cumplo con mis obligaciones, aun en medio de los mas graves peligros, me permitiré recordar que cuando en los dias mas aciagos de Puebla, mis enfermedades se exacerbaron hasta el grado de que el Sr. Dr. D. José Justo Jofre me prohibió tomar parte en las fatigas del empleo, porque mi existencia estaba sériamente amenazada por los referidos males; y cuando, auxiliados por aquella casualidad, algunos descontentos é intrigantes querian hacerla valer á mis propios ojos para que me separase voluntariamente del mando, resignándolo en la persona de mi digno compañero é infortunado amigo el general D. Febronio Quija-

no (sacrificado el dia del asalto) yo rechacé indignado aquellas sugerencias ofensivas á mi honor y que vulneraban la disciplina, me sobrepuse á mis dolencias y hasta me pareció que cobraba nuevo vigor y mas energía á la sola idea de que algun dia se me echase en cara un acto de cobardía, en circunstancias en que la causa encargada á mi defensa estaba mas amenazada de muerte que su mismo defensor.

Y en cuanto al triste fruto que pudiera sacar de esa supuesta traicion, puesto que nadie es arrastrado á la maldad sin que un interes de cualquiera género le impulse, ¿dónde se hallaba, quién me lo prometia, por qué no disfruto hoy, si esto se llama disfrutar, de las ventajas que semejante crimen debió haberme producido? Se necesita estar destituido de razon, ó ser tan ligero como Salm, para exponer que el general en jefe de las fuerzas republicanas de Oriente no comprendiese una de dos cosas: ó que la guarnicion de Puebla en el estado en que se hallaba y sin recibir oportunamente el auxilio de México, tenia que sucumbir en breve, en cuyo caso era no solo inútil sino perjudicial á la gloria militar del Sr. Diaz, el valerse del indigno medio que refiere Salm; ó que, si el referido auxilio llegaba oportunamente, no quedaba al sitiador otro recurso, supuesta nuestra decision, corroborada por la esperanza de ese pronto auxilio de cuya idea ya teniamos noticia, que, cerciorarse de su proximidad para decidir entonces el levantamiento rápido del campo, no sin hacer antes la postrera y mas desesperada tentativa por apoderarse de la ciudad. Y esto último



es lo que se ha hecho, en los momentos mismos en que se veía claramente que era imposible seducir á la guarnicion de Puebla, que con repiques á vuelo y otras muchas demostraciones de regocijo acababa de celebrar la noticia de la aproximacion del refuerzo, y por consiguiente la moral de la tropa se habia reanimado considerablemente.

Se necesita tambien no tener sentido comun para suponer que yo en aquellos momentos en que ya casi soñaba con el triunfo, cambiase repentinamente de ideas y me dejase llevar por el viento de la ambicion de los honores, (suponiendo que despues de tal infamia yo pudiera ser honrado), por la sed del oro ó por cualquiera otro motivo igualmente innoble.

Nadie me lo propuso en verdad: pero si así hubiera sucedido, habria tenido la dignidad que tuve, por ejemplo, en la época del Sr. presidente Comonfort, que me ofreció el mando de una division para ir á atacar á esa misma ciudad de Puebla, en que una parte del ejército se habia pronunciado contra el gobierno de dicho señor, y habria rehusado como rehusé entonces las ventajas de tan elevado empleo, prefiriendo á todos los honores adquiridos por ese medio la honrosa contestacion que me dió aquel presidente y cuyos términos no refiero porque no se me arguya de vanidad.

Se comprenderá, por otra parte, que quien así piensa menos dejaria ganarse por dinero. ¿Y en dónde está éste, puesto que me fué ofrecido y yo lo acepté en pago de mi traicion? Faltaria á mi propósito y haria inacabables estas líneas, si, como dije al principio, me

pusiera á relatar la historia de los sufrimientos, lágrimas y desventuras de mi familia, no menos que las penalidades que yo he sufrido, y la constante y dura pero honrosa pobreza en que me hallo desde la época que nos ocupa. ¿Y cómo, pues, si he debido recibir ese oro, me rodeó desde entonces tal situacion? No quedan así por cierto los miserables que cometen el crimen de que el infame Salm me supone autor.

Pronto olvidó asimismo éste que al quedar yo tambien prisionero con un puñado de gefes, oficiales y tropa en los cerros de Loreto y Guadalupe, iba á correr como muchos otros de mis desgraciados compañeros, la triste suerte de ser pasado por las armas: me he hallado, pues, á punto de sellar con mi sangre la causa de mi lealtad, cual otros, cuya tierna memoria guardo, lo efectuaron. Mas repentinamente el general Diaz, á quien me complazco en tributar por medio de estas líneas el voto mas sincero de mi gratitud, usó de la clemencia que todo el mundo conoce y merced á la cual no subimos al cadalso. ¿Pretenderá acaso el príncipe de Salm fundar mi supuesto crimen en ese rasgo generoso que nos salvó la vida? Pero entonces, habria en el mundo tantos de esos supuestos criminales, cuantos en el seno de las naciones civilizadas han sido objeto de la generosidad de los vencedores; y en tal caso, el mismo príncipe de Salm, que pudo haber sido fusilado en Querétaro y no lo fué, es del número de esos soldados que porque no han muerto en la contienda ni en el patíbulo, son traidores á su causa, segun la esquisita lógica de ese famoso cronista del Imperio.



He concluido por ahora mi tarea. ¡Ojalá que no hubiese tenido necesidad de emprenderla y que tampoco me fuera preciso ocupar todavia en otra ocasion la atencion pública! Pero ante las exigencias del honor ultrajado, ceden todas aquellas consideraciones que hacen de ordinario callar á los hombres que están convencidos como yo, de que no todos caminan en la sociedad por un mismo sendero, tratando de seguir el destino que les marca la Providencia. Quiere esto decir, que mis compatriotas no vean en estas líneas el deseo de figurar como escritor, á vuelta de la satisfaccion que me causa el vindicarme como lo hago. ¡Sí, me causa satisfaccion! y ésta se centuplica cuando considero que formando esta pequeña defensa de mi persona, á continuacion de la muy juiciosa y razonada de los Sres. Peza y Pradillo, presto mi débil cooperacion á la defensa misma de mi patria, tan calumniada por algunos ingratos extranjeros en las personas de muchos estimables y dignos hijos suyos, á quienes la historia hará justicia algun dia, cuando la mano del tiempo haya borrado las huellas de las pasiones.

México, Diciembre 31 de 1869.

Manuel Noriega.

## INDICE.

	PAGINAS.
A NUESTROS LECTORES.....	5

### I.

Orígen de este opúsculo.—Breves apuntes biográficos del príncipe de Salm.—El gabinete de Viena se niega á facilitar á Salm los documentos que segun el Emperador Maximiliano, debian consultarse para escribir la Historia del Imperio en México.—Salm nombrado con su señora para negociar el reconocimiento del Imperio por el gobierno de los Estados-Unidos.—Marcha de Salm á Tulancingo.—Ideas respecto al cohecho de los militares en México.—Noticias biográficas del coronel Lamadrid y el general Márquez.—Márquez y Miramon